

nista, sensacional y anecdótica. Todas estas cosas aparecen a su debido tiempo, no obstante, con carácter de cosas íntimas, personalizadas desde lo impersonal. "A mí no me dijeron cómo era esto que contaban, sino que yo lo descubrí por mí mismo, luego soy creador, luego soy inteligente, luego una obra de arte es un elemento de "test" para saber cuánto hay en mí de bueno, de noble, de amplio, de puro". A un museo moderno entramos con los ojos abiertos para saborear lo que allí hay, con los ojos cerrados. No es un almacén de objetos bellos o raros, importantes o valiosos: es una Estación Terminal de las vías espirituales y cada obra un portal abierto hacia las regiones amplísimas de nuestro propio espacio de conciencia. Entramos como a la sala de espejos del alma.

El arte condensado no es de hoy, es intemporal. En distintas épocas apareció siempre el esfuerzo de decir con sinceridad "quién soy yo" y esto es lo que origina el aspecto aparentemente contrahecho y retorcido, torturado, más bien, de la expresión. Siempre fué torturante decir lo que en verdad somos; el rictus del mundo que intenta decir algo, sea que le falte el don de la palabra, que esté mudo de asombro o mudo de amor.

La pregunta pertinente de hoy día es: ¿somos torturados de expresión por suficiencia o por incapacidad? ¿Somos primitivos en el extremo opuesto? ¿Qué sería este extremo opuesto de lo primitivo y cuál la diferencia? ¿Hemos caminado y sufrido tanto para venir a decir las mismas cosas que dijimos cuando empezábamos a balbucir la expresión?

Yo puedo, personalmente, atreverme a contestar esta interrogación terribilísima: "Sí, lo que pasa es que nos dimos cuenta de que lo que decíamos, debió decirse, en efecto, así como lo dijimos: a través de nosotros, conformado a nuestra imagen, pero le faltaba algo que hoy podemos añadir a nuestra primaria expresión: la luz. Es como si hubiéramos creado muchas lámparas en el pasado pero hasta hoy prendiéramos en ellas la llama para que sean lo que debieron ser: lámparas, y para que sirvan para lo que queríamos que sirvieran: iluminar el camino o la estancia. Las cosas primitivas se están encendiendo desde dentro y estamos contentos. Los niños son puros, simples, diáfanos, graciosos, pero como los animalitos, son algo inconcientes y egoístas. Esto es, que ellos son las lámparas que aún no se han encendido. Cuando el hombre se haga "como uno de estos pequeñuelos", merecerá la gloria. Tenemos que volver a ser como los niños si queremos entrar en el Reino de los Cielos. Como ellos, pero conscientes de nuestra pureza, sencillez, transparencia y sinceridad. Tenemos que poner la luz de la intuición en la lámpara de la gracia infantil. La intuición superará al intelecto que sustituyó al instinto y nos devolverá la gracia de Dios, enriquecida. De tan diáfanos, puede que no nos vean. Hemos dejado la complejidad del intelecto (que es en cierto o en varios modos confusión) para ser claridad de síntesis. Esta claridad de síntesis no tiene nada de falso, terrible o impenetrable, sólo es que precisa el "ojo mágico". El "ojo mágico" se crea teniendo fe en la sinceridad del que se expresa, cuando no hay una razón contundente para desconfiar. El "ojo mágico" se abre en el que ama y admira todo lo que es admirable y amable de la Vida, que es lo más; el "ojo mágico" es aquel del cual habló Plotino cuando dijo: "Nunca viera el ojo el sol maravilloso si

antes no asumiera su forma"; queriendo decir (entre otras cosas) que el ojo se embelleció con la forma radiada del sol para poder entenderle a su medida y ser como él. Cuando nos hagamos a la forma de la Belleza entenderemos la Belleza. Cuando depuremos nuestro anhelo de ser como es lo bello, lo verdadero y lo bueno, empezaremos a entender estas altas cosas que son la Belleza, la Verdad y la Justicia.

Por ello, entre otras cosas que hay que decir del artista moderno auténtico, está la de que es un sacerdote de la Belleza y su ritual y su ceremonial es esencialmente mágico y alquímico. Lo que él toca (no importa lo feo o malo que pueda parecer al hombre término medio) lo toca en tal forma que lo depura y hace tolerable, comprensible y dominable. Su expresión no sólo nos deleita por conducirnos al plano de la fantasía y la armonía, sino que nos mejora, pues nos hace andar parte de nuestro camino interno, en donde nos abandona con nosotros mismos, para incubación del alma y del espíritu.

El misticismo de los oficiantes ante el altar de la Belleza no es un sentimiento esforzado para religarnos con lo Divino (como lo es en los sacerdotes propiamente dichos), es un anhelo por convencernos de que nunca hemos estado desligados de la Divinidad y que como legítimos depositarios de sus tesoros y de sus misterios estamos y hemos estado siempre en capacidad de hacernos grandes, por el genio, por la magia y por el poder creador virtual en nosotros y que florecerá en cada uno a su debido tiempo. Mientras, él es un provocador y un profeta. El es un profeta porque es un poeta. La sinceridad por darse produjo siempre ese milagro de conservar intacto

lo bello cuando se suprimió el esfuerzo de simple habilidad que constituye el ornamento, superfluo aunque hermoso, preocupación especial del artífice (más que del artista), del técnico creador más que del poeta que anhela la expresión espontánea que trasmite la corazónada heroica para engrandecernos. La evocación, la metáfora, la onomatopeya, son recursos inalienables de la poesía, que es la médula de todas las artes. En nuestro esfuerzo por transmitir nuestra percepción de lo que hay en el tiempo y el espacio, en la psiquis y en el espíritu y el ideal, hacemos uso, inevitablemente, de tales recursos de comprensión. Si únicamente nos valemos de la descripción, quedaríamos incomprendidos. De la descripción nace el artificio, que es riqueza de descripción y que, desligado del sentido trascendental de lo poético, se reduce a espuma para la sed.

Con la metáfora nos comprendemos, que es el propósito primordial. No queremos solamente ser entendidos (para lo que basta la descripción), queremos ser comprendidos, que es que se vea como con nuestros propios ojos y, si es posible, desde nuestro propio corazón. Describir con la metáfora es transparentar, para conocer por fuera y por dentro; añadir a la metáfora el símbolo es transmitir las capacidades asimilativas de nuestros conceptos, con propósitos comunicativos eficaces. Repartir semillas y no frutos o flores; porque en las semillas que repartimos va nuestra cosecha y la de ellos, la de todos, y los gratos esfuerzos de la siembra, el aporco y la poda, en síntesis: la cooperación con el hombre, con la tierra, con el agua y con el sol.

Nueva York. 1949.

Por la unificación del Derecho Latino-Americano

(En el Rep. Amer.)

Cuando la guerra era una cruda realidad en todos los frentes de batallas, cuando día a día eran silenciadas por las armas de fuego miles de voces que morían sin decir su mensaje al mundo, cuando todos los sacrificios de ayer, a juzgar por las noticias internacionales, parecen haber sido pocos, una frase, a fuerza de repetirla periódicos y revistas, radios y cines, llegó a convertirse en algo así como un anuncio económico. Y es que las guerras siempre, al igual que los productos que compiten en el mercado, necesitan de su propaganda. Esa frase, que no debemos olvidar nunca, y de la cual debemos hacer una realidad, decía: "Las Américas unidas, unidas vencerán".

Pero desgraciadamente, no era más que una frase. Durante la guerra, nunca estuvimos, nosotros los latinoamericanos, verdaderamente unidos. Esta falta de unidad es la que no nos ha permitido vencernos a nosotros mismos; y debido a que no hemos podido, a que no hemos sabido, a que no hemos querido vencernos, nos hemos ido, unos primero, otros después, derrotando.

Nunca podrá emprender ninguna grande obra político-social en conjunto América Latina, si no unifica su Derecho. Unidos nos sentimos por costumbre y tradición. Si somos hijos de una misma madre, ¿por qué tantas fronteras?, ¿por qué tantas repúblicas?, ¿por qué tantas barreras económicas? ¿por qué tantos odios entre unos y otros?, ¿por qué todavía el sueño de Bolívar espera?, ¿por qué, en

fin, no tenemos una misma Constitución Política? Na naturaleza nos ha hecho uno, únicos e indivisibles, pero nosotros nos empeñamos en ser muchos, en vivir divididos.

Ya el 17 de septiembre de 1910, en el discurso pronunciado en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno, durante las fiestas del Centenario, el distinguido autor de *Ariel*, la Biblia latino-americana, decía: "Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria, grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poseía del recuerdo, arrobamiento de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América".

"Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armo-